

TIRSO DE MOLINA

**EL CONDENADO
POR DESCONFIADO**

Edición de Nicolás Fernández Ruiz



Su trama está fundada en el desarrollo de dos acciones paralelas que se entrelazan y contraponen: la del monje Paulo, desconfiado y soberbio; y la del criminal Enrico que, sin embargo, tiene esperanza en su salvación y guarda buenos sentimientos de caridad hacia su padre enfermo y de amor hacia su novia. El asunto reelabora el contraste entre el ermitaño y el ladrón, y presenta la paradoja de que el alma del criminal se salva por alojar un reducto de amor, caridad y fe en la salvación natural, mientras que Paulo acaba condenándose por su temeridad al exigir a Dios una respuesta a los arcanos del destino en la religión cristiana y desconfiar de su piedad. La virtud de Paulo se demuestra impostada, pues con sus penitencias esperaba obtener el pago de una segura salvación y su curiosidad desmedida es, al fin, un malsano vicio; su trayectoria le lleva, mediada la acción, a cometer crímenes equivalentes a los que llevaba a cabo Enrico, tras perder totalmente la confianza en su salvación. Finalmente, Paulo rechaza arrepentirse mientras que Enrico, antes de ser ejecutado, muestra una sincera contrición. Así, el giro inesperado de la intriga muestra uno de los temas predilectos del barroco: el del engaño de las apariencias. Mientras que externamente Enrico es un ser monstruoso, en su interior se refugia la bondad; mientras que Paulo, que aparenta ser un asceta intachable, trata con ello de satisfacer de modo egoísta su afán de obtener el pago en forma de su propia salvación que le exige a la inescrutable voluntad divina, y se siente humillado al saber que Enrico pueda ser un igual hasta el punto de ensoberbecerse y comenzar una carrera de delincuente irredento.

Personajes

PAULO, *ermitaño*.

ENRICO.

UN PASTORCILLO, *un ángel*.

EL DEMONIO.

ANARETO, *padre de Enrico*.

CELIA.

LIDORA, *criada*.

OCTAVIO.

LISANDRO.

PEDRISCO.

GALVÁN.

ESCALANTE.

ROLDÁN.

CHERINOS.

ALBANO, *viejo*.

EL GOBERNADOR DE NÁPOLES.

EL ALCAIDE DE LA CÁRCEL.

UN JUEZ.

ESBIRROS.

BANDOLEROS.

CAMINANTES.

PORTEROS.

PRESOS.

CARCELEROS.

VILLANOS.

PUEBLO.

Jornada I

Selva, dos grutas entre elevados peñascos.

PAULO

(De ermitaño.)

¡Dichoso albergue mío!
 Soledad apacible y deleitosa,
 que en el calor y el frío
 me dais posada en esta selva umbrosa,
 donde el huésped se llama 5
 o verde yerba o pálida retama.
 Agora, cuando el alba
 cubre las esmeraldas de cristales,
 haciendo al sol la salva
 que de su coche sale por jarales, 10
 con manos de luz pura,
 quitando sombras de la noche oscura
 salgo de aquesta cueva,
 que en pirámides altos de estas peñas
 naturaleza eleva, 15
 y a las errantes nubes hace señas 20
 para que noche y día,
 ya que no otra, le hagan compañía.

Salgo a ver este cielo,
alfombra azul de aquellos pies
hermosos.

¿Quién, oh celeste velo,
aquesos tafetanes luminosos
rasgar pudiera un poco
para ver?... ¡Ay de mí! Vuélvome loco.
Mas ya que es imposible 25

y sé cierto, Señor, que me estáis viendo
desde ese inaccesible
trono de luz hermoso, a quien sirviendo
están ángeles bellos,
más que la luz del sol hermosos ellos, 30

mil gracias quiero daros
por las mercedes que me estáis
haciendo
sin saber obligaros.

¿Cuándo yo merecí que del estruendo
me sacarais del mundo 35

que es umbral de las puertas del
profundo?

¿Cuándo, Señor divino,
podrá mi indignidad agradeceros
el volverme al camino
que, si no lo abandono, es fuerza el
veros 40

y tras esa victoria 45

darme en aquestas selvas tanta gloria?

Aquí los pajarillos,
 amorosas canciones repitiendo
 por juncos y tomillos,
 de Vos me acuerdan, y yo estoy
 diciendo:

«Si esta gloria da el suelo,
 ¿qué gloria será aquella que da el
 cielo?»

Aquí estos arroyuelos,
 jirones de cristal en campo verde, 50
 me quitan mis desvelos
 y son la causa a que de Vos me acuerde.

Tal es el gran contento
 que infunde al alma su sonoro acento.

Aquí silvestres flores 55
 el fugitivo viento aromatizan
 y de varios colores
 aquesta vega humilde fertilizan.

Su belleza me asombra;
 calle el tapete y berberisca alfombra. 60

Pues con estos regalos,
 con aquestos contentos y alegrías,
 ¡bendito seas mil veces,
 inmenso Dios, que tanto bien me
 ofreces!

Aquí pienso servirte, 65

ya que el mundo dejé para bien mío; 70
 aquí pienso seguirte,

sin que jamás humano desvarío,
 por más que abra la puerta
 el mundo a sus engaños, me divierta.
 Quiero, Señor divino,
 pedirlos de rodillas, humildemente,
 que en aqueste camino
 siempre me conservéis piadosamente.
 Ved que el hombre se hizo 75
 de barro vil, de barro quebradizo.

(Entra en una de las grutas.)

PEDRISCO **(Sale trayendo un haz de leña.)**

Como si fuera borrico
 vengo de yerba cargado,
 de quien el monte está rico;
 si esto como, ¡desdichado!, 80
 triste fin me pronostico.
 ¡Que he de comer hierba yo,
 manjar que el cielo crió
 para brutos animales!
 Deme el cielo en tantos males 85
 paciencia. Cuando me echó
 mi madre al mundo, decía:
 «Mis ojos santo te vean,
 Pedrisco del alma mía».
 Si esto las madres desean, 90
 una suegra y una tía, 95
 ¿qué desearán? Que aunque el ser

santo un hombre es gran ventura
es desdicha el no comer.
Perdonad esta locura
y este loco proceder,
mi Dios; y pues conocida
ya mi condición tenéis,
no os enojéis porque os pida
que la hambre me quitéis 100
o no sea santo en mi vida.
Y si puede ser, señor,
pues que vuestro inmenso amor
todo lo imposible doma,
que sea santo y que coma 105
mi Dios, mejor que mejor,
De mi tierra me sacó
Paulo diez años habrá
ya aqieste monte apartó;
él en una cueva está 110
y en otra cueva estoy yo.
Aquí penitencia hacemos,
y sólo yerba comemos,
y a veces nos acordamos
de lo mucho que dejamos 115
por lo poco que tenemos.
Aquí, al sonoro raudal
de un despeñado cristal,
digo a estos olmos sombríos:
¿Dónde estáis, jamones míos, 120

que no os doléis de mi mal?

Cuando yo solía cursar
la ciudad y no las peñas
(¡memorias me hacen llorar!),
de las hambres más pequeñas 125

gran pesar solíais tomar.
Erais, jamones, leales:
bien os puedo así llamar,
pues merecéis nombres tales,
aunque ya de los mortales 130

no tengáis ningún pesar.
Mas ya está todo perdido;
hierbas comeré afligido,
aunque llegue a presumir
que algún mayo he de parir 135

por las flores que he comido.
Mas Paulo sale de la cueva oscura,
entrar quiero en la mía tenebrosa
y comerlas allí.

(Vase.)

PAULO

(Saliendo.)

¡Qué desventura! 140

¡Y qué desgracia, cierta, lastimosa!
El sueño me venció, viva figura
(por lo menos imagen temerosa)
de la muerte cruel; y al fin, rendido,
la devota oración puse en olvido. 145

Siguióse luego al sueño otro, de suerte, 150
 sin duda, que a mi Dios tengo enojado,
 si no es que acaso el enemigo fuerte
 haya aquesta ilusión representado.

Siguióse al fin, ¡ay, Dios!, de ver la
 muerte.

¡Qué espantosa figura! ¡Ay, desdichado!

Si el verla en sueño causa tal quimera,
 el que vivo la ve, ¿qué es lo que espera?

Tirome el golpe con el brazo diestro
 no cortó la guadaña; el arco toma 155

la flecha en el derecho; en el siniestro,
 el arco mismo que altiveces doma;

tirome al corazón; yo, que me muestro
 al golpe herido, porque el cuerpo coma
 la madre tierra, como a su despojo 160

desencarcelo al alma, al cuerpo arrojo.

Salió el alma en un vuelo, en un instante
 vi de Dios la presencia. ¡Quién pudiera
 no verle entonces! ¡Qué cruel
 semblante!

Resplandeciente espada y justiciera 165

en la derecha mano, y arrogante

(como ya por derecho suyo era)

el fiscal de las almas miré a un lado,
 que aun con ser victorioso estaba
 airado.

Leyó mis culpas, y mi guarda santa 170

leyó mis buenas obras, y el justicia 175
 mayor del cielo, que es aquel que
 espanta
 de la infernal morada la malicia,
 las puso en dos balanzas; mas levanta
 el peso de mi culpa y mi injusticia
 mis obras buenas, tanto, que el juez
 santo
 me condena a los reinos del espanto.
 Con aquella fatiga y aquel miedo
 desperté, aunque temblando, y no vi
 nada
 si no es mi culpa, y tan confuso quedo, 180
 que si no es a mi suerte desdichada
 o traza del contrario, ardid o enredo,
 que vibra contra mí su ardiente espada,
 no sé a qué lo atribuya. Vos, Dios santo,
 me declarad la causa de este espanto. 185
 ¿Heme de condenar, mi Dios divino,
 como ese sueño dice, o he de verme
 en el sagrado alcázar cristalino?
 Aqueste bien, Señor, habéis de
 hacerme.
 ¿Qué fin he de tener? Pues un camino 190
 sigo tan bueno no queráis tenerme 195
 en esta confusión, Señor eterno.
 ¿He de ir a vuestro cielo o al infierno?

Treinta años de edad tengo, Señor mío,
 y los diez he gastado en el desierto,
 y si viviera un siglo, un siglo fío
 que lo mismo ha de ser; esto os
 advierto.

Si esto cumplo, Señor, con fuerza y brío,
 ¿qué fin he de tener? Lágrimas vierto.

Respondedme, Señor, Señor eterno. 200

¿He de ir a vuestro cielo o al infierno?

(EL DEMONIO, que aparece en lo alto de una peña.)

DEMONIO **(Invisible para PAULO.)**

Diez años ha que persigo
 a este monje en el desierto,
 recordándole memorias
 y pasados pensamientos; 205

y siempre le he hallado firme,
 como un gran peñasco opuesto.

Hoy duda de su fe, que es duda
 de la fe lo que hoy ha hecho,
 porque es la fe en el cristiano 210

que sirviendo a Dios y haciendo
 buenas obras ha de ir
 a gozar de Él en muriendo.

Este, aunque ha sido tan santo,
 duda de la fe, pues vemos 215

que quiere del mismo Dios. 220
 estando en duda, saberlo.

En la soberbia también
ha pecado; caso es cierto.
Nadie como yo lo sabe,
pues por soberbio padezco.
Y con la desconfianza
le ha ofendido, pues es cierto
que desconfía de Dios
el que a su fe no da crédito. 225

Un sueño la causa ha sido;
el anteponer un sueño
a la fe de Dios, ¿quién duda
que es pecado manifiesto?
Y así me ha dado licencia 230
el juez más supremo y recto,
para que con más engaños
le incite agora de nuevo.
Sepa resistir valiente
los combates que le ofrezco 235
para luego desconfiar
y ser como yo, soberbio.
Su mal ha de restaurar
de la pregunta que ha hecho
a Dios, pues a su pregunta 240
mi nuevo engaño prevengo.
De ángel tomaré la forma,
y responderé a su intento
cosas que le han de costar
su condenación, si puedo. 245

(Déjase ver en figura de ángel.)

PAULO	¡Dios mío!, aquesto os suplico: ¿Salvareme, Dios inmenso? ¿Iré a gozar vuestra gloria? Que me respondáis espero.	
DEMONIO	Dios, ¡oh Paulo!, te ha escuchado y tus lágrimas ha visto.	250
PAULO	(Aparte.) ¡Qué mal el temor resisto! Ciego en mirarlo he quedado	
DEMONIO	Me ha mandado que te saque de esa ciega confusión, porque esa vana ilusión de tu contrario se aplaque. Ve a Nápoles, y a la puerta que llaman allá del Mar, que es por donde tú has de entrar a ver tu ventura cierta o tu desdicha, verás cerca de allá (estame atento) un hombre...	255 260
PAULO	¡Qué gran contento con tus razones me das!	265
DEMONIO	Que Enrico tiene por nombre, hijo del noble Anareto, Conoceráse, en efecto,	270